

1999, UN AÑO CON OLOR A CELESTINA

M^a Purificación Suárez Zarallo

DOCTORA EN FILOLOGÍA ESPAÑOLA Y PROFESORA DE LITERATURA ESPAÑOLA
FACULTADES DE EDUCACIÓN Y BIBLIOTECONOMÍA Y DOCUMENTACIÓN
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

ESTUDIO 4

1999, Un año con olor a Celestina

M^a Purificación Suárez Zarallo

Doctora en Filología Española y profesora de Literatura Española en las facultades de Educación y Biblioteconomía y Documentación

Resumen

A la Tragicomedia de Calisto y Melibea no le faltan merecidos y concienzudos estudios por parte de la crítica especializada. Le faltan lectores. Tal vez porque esos minuciosos análisis, con ser apreciados para entendidos en materia literaria, no consiguen, por su erudición, acercar a los jóvenes de hoy al verdadero objetivo que todo escritor tiene al crear: la lectura de su obra.

Aun modestas, estas líneas encierran un ambicioso propósito: resaltar, a través de su más fresco personaje, la frescura con que este monumento de nuestra historia literaria llega a nosotros y, así, animar a su lectura o relectura como el mayor homenaje en su quinto centenario.

Summary

The Tragi comedy of Calisto y Melibea has been the object of deserved and conscientious study by specialised critics. But it lacks readers. Perhaps because these detailed analyses are valued by literary experts then fail because of their erudite nature, to guide today's young people to the goal that every writer has for his creation: the reading of his work.

In all modesty, these lines contain an ambitious aim: that of highlight this through its most vivid personality the freshness with which this monument of our literary history comes to us, and this encourage its reading or re-reading as the greatest tribute in this its five hundredth anniversary.

I

Aunque los alumnos no se lo imaginen, los profesores hemos sido —y no hace tanto— tan jóvenes como ellos, tan alumnos como ellos de otros viejos profesores y, aunque les cueste creerlo, hemos sido de jóvenes tan libres como ellos, al menos mentalmente. Hasta puede que más libres —mentalmente, claro—, porque ellos que tienen toda la libertad que nosotros teníamos sólo en mente, no parece que la sepan aprovechar en la medida que pensábamos se podría hacer de haber contado con ella en épocas más, mucho más, restrictivas.

La frase, aun pesada —para mí que lo es en demasía—, no pretende sin embargo abanderar liberalismos de ningún tipo, ni mucho menos libertinajes. No: no se malinterprete. La frase, aun resultándome pesada después de escribirla, viene a propósito —“ni qué”, como prefieren hoy— del “Resumen” que precede a estas palabras introductorias porque en él, sin que aparezca de forma expresa, denunció un gravísimo problema: nuestros alumnos, en general, no leen y, como es bien sabido, sin lectura no hay cultura ni, por supuesto, escritura.

Esto último me trae a la memoria un artículo publicado en el diario *Hoy*, de once de enero de este año, en que su autor, Amando de Miguel, decía que “la mayor parte del alumnado universitario realmente no sabe escribir”, e invitaba primero, a que los profesores de Universidad comprobasen el dato y, después, a todo lector que estuviese de acuerdo con su escrito a que le comunicase: “Eso que usted escribió en el periódico

es lo mismo que yo pienso.” Y yo no pienso reproducir todo lo que aquel artículo recogía por no favorecer, al repetirlo, su difusión, y porque las soluciones que aportaba para mejorar nuestra cultura, más que “impopulares” como el propio Amando de Miguel autocriticándose las calificaba —lo que no deja de ser sorprendente procediendo de un sociólogo— son ineficaces. Sí quisiera, en cambio, objetar la última de las medidas que anota para optimizar la escritura y que le sirvió de título a su artículo, “Los sonetos con ordenador”, no sea que alguien, leyéndolo, crea que esas cosas se pueden decir en serio públicamente pues, no en vano, el mismo Don Amando dice haberlo escrito “por desahogarme”, ya que le sobran méritos en su curriculum. O sea, una memez sobre otra, como prueban el que alguien aproveche su reconocida firma para que los anónimos lectores le sirvamos de paño de sus personales ahogos, y el que pretenda hacernos creer que nuestra escritura puede mejorar escribiendo “sonetos con ordenador”, porque es reírse de todos.

El ordenador, con ser la maravilla de finales de este siglo, no puede —bien lo sabe Amando de Miguel, y todos lo sabemos— componer sonetos, porque un soneto —él bien lo sabe— no consiste en la mera agrupación de catorce versos con rima prefijada. El ordenador, si alguien se lo ordena porque si no tampoco, puede efectivamente agrupar palabras en un renglón hasta completar las once sílabas, si lo que se desea es el esquema métrico clásico, y puede parar cuando rellene catorce renglones de esa misma medida, si no se desea añadir estrambote. Pero la cuestión

no es sólo de forma, de estructura. Al soneto se le presupone creatividad artística, no en balde pertenece a una de las Bellas Artes, la Literatura, y habrá de ser un artista—escritor, un poeta, quien teclee el mecano y mueva el único ratón que no impone tocar para que esa estructura formal —dos cuartetos y dos tercetos— resulten esencialmente soneto. Tampoco lo es el de “Violante”, pero Lope podía permitirse el juego virtuoso y enseñar de paso.

“Los ordenadores —decía Don Mariano Fernández—Daza en el mismo medio informativo— son como loros que pueden repetir una palabra como ‘puta’ sin ofender en absoluto y sin darle el matiz irónico que le dio a ese vocablo el escritor Miguel de Cervantes.” Es, en efecto, en el matiz, en el valor connotativo del lenguaje, donde reside el acto creativo de la escritura. El ordenador, aun convirtiéndose en el arma nacional, no nos enseñará a escribir con estilo, ni siquiera con corrección pese al “chivato” programado. El ordenador, en fin, no deja de ser una gigante y pesada pluma que paradójicamente recibe órdenes de un cerebro, esa masa pensante que es, en definitiva, la que necesita informarse antes de informar.

No. No podemos estar de acuerdo con Don Amando en eso de animar a los jóvenes a que se ejerciten en tan inútil tarea si pretendemos mejorar su escritura porque, como él sabe por demás, para escribir bien hay que leer bien, y para leer bien no basta con esa primera alfabetización a la que se refiere cuando habla de España como un país escolari-

zado actualmente en el que, sin embargo, no se sabe escribir. Y es que no basta con saber descifrar unos signos si se lee, o de pintarlos si se escribe, de manera que es del todo posible que en un país globalmente alfabetizado, como es el nuestro hoy, no se sepa leer y, en consecuencia, no se sepa escribir ni siquiera en la Universidad. Y en esto, muy a mi pesar, he de darle la razón al articulista. En esto, pero no en los medios.

Ni la informática ni sus sofisticados aparatos con pantalla podrán sustituir “esas ventanas maravillosas que son los libros”, como los definió María Moliner, a quien un ordenador le hubiese facilitado sin duda su labor lexicográfica, pero a quien nunca la podría haber convertido en sonetista.

Flaco favor nos hace publicando memeces como la de “Los sonetos con ordenador” quien bien podría, desde su indiscutible conocimiento y cultura, que a buen seguro adquirió practicando con nuestros ocho siglos de buena literatura, bien podría, digo, ayudarnos a socializar la lectura desde las muchas tribunas que su firma, mercedamente reconocida en otros casos, le abre. La escritura vendrá después.

Se diría, a juzgar por lo poco que leen los jóvenes y lo poco y mal que se expresan en sus escasos escritos, que la cultura lleva “disfraz de cangrejo”, y todos, jóvenes y mayores, deberíamos buscar las raíces de tanto carnaval y evitar el retroceso. Es desolador que hoy oigamos hablar de la crisis de la humanidad como se oía decir a principios de este siglo... ¿Qué hemos hecho en este sentido?

En su magnífico ensayo *El arte de la novela*, Milan Kundera nos recuerda una de las mayores preocupaciones que Edmund Husserl tuvo y manifestó poco antes de morir: la profunda crisis de la humanidad europea.

Se preguntaba Husserl, allá por los años treinta de este siglo nuestro que agoniza, si Europa sería capaz de sobrevivir a esta crisis que, en su opinión, echó raíces en el desarrollo científico que, desde la Edad Moderna, venía estrechando sus vías de conocimiento en ramas y disciplinas cada vez más específicas.

Este carácter unilateral de las ciencias europeas impide al hombre tener una visión panorámica y totalizadora del mundo, y, lo que es peor, provoca ceguera sobre el conocimiento del hombre mismo, o sea que, como consecuencia de esa especialización y unilateralidad científica, el hombre acaba en lo que Heidegger, discípulo de Husserl llamó "el olvido del ser."

En nuestro mundo, efectivamente, no todo obedece a leyes ciegas. No todo en él es exacto, matemática pura, ni absoluto, sino que este mundo sin fronteras de países ni continentes ofrece el encanto de la relatividad, de su ambigüedad y de sus novedosas imprecisiones que dan sabor, no siempre amargo, al recorrido que todos realizamos por él. Ni todo en nosotros es física o química sino que en el yo de cada uno late, en los aledaños del corazón, un espíritu, un alma, un ente inmaterial, sin el cual no seríamos hombres plenamente.

Si de algo debe liberarse el ser humano habrá de ser prioritariamente

de ese alzheimer voluntario de su propia esencia y existencia, esto es, de que es un ser completo, un microcosmos dentro de un cosmos que tampoco debe olvidar.

El conocimiento científico y su progresiva especialización, con ser plausible, no debe favorecer ese "olvido del ser", de manera que el hombre no puede limitarse a saciar su sed sólo en ese tipo de conocimiento, y así como todo científico o especialista, por volcado que esté en sus investigaciones, no olvida alimentar su cuerpo, y come y bebe con regularidad, debería en igual medida alimentar ese otro componente inmaterial, ese espíritu.

Pues bien, ante legados tan preocupantes como los de Husserl y Heidegger, Milan Kundera nos ofrece una solución: la novela. La novela también surge con la Edad Moderna y en Europa, pero en lugar de conducirnos al "olvido del ser" nos proporciona el "mundo de la vida" un mundo tan ambiguo y relativo como la esencia humana. En la duda y en lo relativo radica el espíritu de la novela, que no en la Verdad totalitaria, esa verdad que excluye toda relatividad, de manera que si la razón de ser de la novela es la de mantener un mundo de vida y la de protegernos del olvido del ser, no cabe duda de que su existencia se hace hoy más necesaria que nunca, toda vez que en nuestros días finiseculares el proceso de especialización está llegando al límite de lo reductible.

Pero sobre la especialización, sobre los Planes de Estudios con cursos de más de una docena de asignaturas, está

la libertad de nuestros jóvenes para remediar en lo posible esas carencias. Y si para ese novelista extranjero –Kundera nació en el impronunciable Brno– “el creador de la Edad Moderna no fue solamente Descartes, sino también Cervantes”, parece conveniente, para salir de esta amnesia de lo que somos –cuerpo y alma–, empezar el tratamiento con la lectura de nuestro universal autor o, quizá mejor, con la lectura de una obra de la que el propio Cervantes dijo habría sido divina si hubiese encubierto más lo humano: la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Los jóvenes de hoy no encontrarán otro obstáculo para leerla que su falta de voluntad. A la edad de mis alumnos, yo no sólo había leído y releído *La Celestina*, sino que conocía la obra de pe a pa. No se trata de una presunción pues, a decir verdad, la primera lectura tuvo como principal motivación la de ser una obra terminantemente prohibida en mi Colegio de monjas y, naturalmente, conseguir un ejemplar era entonces todo un alarde de una libertad que se quedaba en lí... Y el libro, que me costó mis buenas pesetitas de entonces, dos noches de duermiveela y una confesión con su correspondiente penitencia, estaba tan tachado (por cada picardía, una tachadura), que hoy estoy convencida de que era peor el remedio que la enfermedad. Fue una lectura, aquella primera, un tanto incómoda y peligrosa, pero de ella me quedó algo muy claro: aquella vieja *Celestina* tenía, por fuerza, que oler mal. Suposición que ha ido cobrando visos de realidad en mi pituitaria con las relecturas más reposadas. De solo este aspecto

quiero hablar siquiera brevemente, lo primero porque con la última lectura que acabo de terminar esas impresiones se han reafirmado y trascendido del papel, y lo segundo porque, pese a quien pese, esto de los centenarios no deja de ser, aun cuando la obra no lo requiera, un motivo para acercarnos a este viejo personaje.

II

Si 1998 fue un año generoso en actos y celebraciones de centenarios, las protestas y quejas por ellos no le fueron a la zaga: que si ya estaba bien con Lorca, su sexualidad y su muerte; que si la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas... era ya agua pasada; que los escritores del 98 habían perdido actualidad e interés... Seguramente, entre quienes hicieron público su cansancio por aquellas conmemoraciones histórico-literarias se encuentren algunos que, en el presente, no pongan trabas a que el Barça – visca el Barça– celebre su centenario por todo lo alto, como Dios y todos los Santos mandan. Porque el fútbol, más que el deporte nacional, es, en la despedida del siglo XX, la “cultura” nacional, o sea, la subcultura general básica, y donde se ponga Raúl, por poner un ejemplo que no me cueste esfuerzo lingüístico, que se quiten los Federicos, y los Donmigueles, Azorines, Machados y, por supuesto, los Baroja. El pan nuestro de cada día tiene forma redonda y bota.

Las cosas así, no sé hasta qué punto se verá procedente que hoy desemos cantar el cumpleaños feliz en honor a la vieja *Celestina* toda vez que, como es bien sabido, la *Celestina* fue,

es y seguirá siendo una puta. La más puta de toda nuestra historia literaria hasta el momento. No en vano, agotados sus recursos naturales, dio en montar un putiferio para aprovechar los ajenos. Y este oficio no es el único, ni con mucho el principal, que ejerce para mantener su carnal negocio.

Imagino que cuando los españoles de hace quinientos años abrieran –los que lo abrieron– el libro de no se sabía quién, pensarían que Calisto y Melibea habrían de ser, por el título, los auténticos y únicos protagonistas de la “comedia” o “tragicomedia” –según dónde y cuándo decidieran leer la obra. Lo cierto es que no tardaron en descubrir que muy por encima de esos dos remilgados y enamorados jóvenes se izaba la vieja prostituta, como prueba el hecho de que al poco tiempo, por esto y por abreviar también, dieron en llamar al libro “La Celestina”. Y como “La Celestina” llega a nuestros días la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

De entrada, pues, estamos ante un personaje que, rompiendo esquemas, se subleva contra su creador, y con un aquí –mando- yo da al traste con el título y protagonismo que De Rojas pensó para su obra. La culpa, toda la culpa de que esto pase no es sino del autor, que anduvo distraído al tallar a los restantes personajes y se esmeró al esculpir a su anti-heroína, a quien quiso retratar como un dechado de vicios y perversiones y, no contento con la forma conseguida, insufló a su criatura alma, mala pero alma al fin. El resultado fue la animadísima Celestina. Toda ella –carne, hueso y

alma– levantando su “halda” raída sube al pedestal para otros destinado y, desde él, dirige un cotarro en el que ya no parece tomar parte ni siquiera el autor. Se diría que es ella la que de un plumazo –y no la pluma de Fernando de Rojas– da un giro a un presumible argumento inicial más acorde con el título. Ella, sola ella, es la protagonista; suya, y no de los relamidos y cursis jóvenes titulares, es la historia. La Celestina, en fin, tiene tal poderío que se señorea por las páginas hasta hacernos olvidar que su vida, desde entonces eterna, es exclusivamente un producto de una mente: la del autor. Y el lector, la siente levantarse del libro, tomar ademanes y andares y, a su paso, percibe un tufillo agridulce que canta lo que es. La Celestina es tan real que hasta huele.

La primera referencia que se ofrece al lector de todos los tiempos es que se trata de una “vieja barbuda..., hechicera, astuta y sagaz con cuantas maldades hay”. Esto es, un rasgo físico, un oficio – el primero de un largo etcétera que pronto conoceremos– y dos cualidades que ella aprovecha para ejercer su perversidad. Un fugaz retrato que, sin embargo, es digno de crédito, pues quien nos lo dibuja confiesa ser un gran conocedor de Celestina, además de servir de criado a Calisto.

Por el mismo Sempronio nos enteramos a renglón seguido de la dedicación más prestigiosa de Celestina: la reversible tarea de coser y descoser. Porque Celestina es costurera de virgos, de tantos que en el cómputo de Sempronio “pasan de cinco mil”. De su casa–burdel

saldrán desvirgadas revirgadas para ser otra vez desvirgadas, con lo que Celestina repasa virgos como quien repasa la ropa. Precursora de la cirugía plástica, cose, recose y respuntea hasta bordar. Toda una industrial de la carne y, por ende la persona idónea para “promover” y “provocar a lujuria” a Melibea, joven de la que Calisto anda prendado.

El lector de hoy, como el de hace quinientos años, entra de la mano de Sempronio en casa de Celestina y cuanto allí ve supera el retrato que llevaba de la vieja. Es aquí, en este antro, donde se percibe ya un olor especial a cuarto cerrado y sábanas usadas, y en el que vemos actuar directamente a la vieja alcahueta que resuelve, con una primera mentirijilla nada piadosa una situación comprometida: Elicia, que se supone es amante exclusiva de Sempronio, yace con Crito cuando aquél llega para tratar con Celestina del negocio que los amores de Calisto le habrían de proporcionar. Es a Celestina a quien se le ocurre de inmediato que Elicia esconda a Crito en el cuarto de las escobas y le explique que ha llegado su primo. Luego miente a Sempronio cuando, al barruntarse un ruido –porque las escobas siempre resbalan– le convence de que se trata de otra joven que un fraile le ha recomendado. Escena, pues, que sigue completando el retrato de Celestina: resoluta y embustera. Y también graciosa porque, enterada del próspero asunto que ha traído a Sempronio a su casa, no tarda en ponerse el manto –que nos huele a lo mismo que lo hace pesado–, y se despide de Elicia, y después de Crito, con un “adiós paredes”. Que las paredes oyen lo

sabían ya los señores feudales que fueron los inventores del “telefonillo mural” de sus castillos roqueros. Y la Celestina, pese a su edad, tiene todos los sentidos bien despiertos. Sobre todo si la comparamos con Calisto, que ve en esta ramera a la más santa de las mujeres, junto con Melibea, y, claro, con esta perspectiva no pueden irle peor las cosas.

A estos rasgos que ya conocemos, se unen los que muy pronto nos brinda Pármene, otro criado de Calisto y recriado de Celestina pues su madre, compañera de fatigas, o sea, otra ramera como nuestro personaje, se lo dejó en servicio al morir. Pármene nos sigue completando el retrato de Celestina en un fragmento archiconocido que empieza cuando llegan la vieja y Sempronio a la casa del joven enamorado. Llamen insistentemente a la puerta: “Señor –dice Pármene a Calisto– Sempronio y una puta vieja y alcoholada daban aquellas porradas.”

Sabíamos que Celestina era, además de puta y vieja, embustera y un punto graciosa. Ahora conocemos también lo pinturera que es Celestina.

Calisto reprende a Pármene para que modere su lengua, y es ahora cuando el criado se explaya con aquello tan conocido de que todo al paso de Celestina “suena a puta”: a puta suena el ladrido de los perros, el canto de las aves y el croar de las ranas; a puta suena el martillo del carpintero, del herrero; todos los instrumentos de trabajo de cualquier oficio dicen puta en presencia de Celestina, y hasta “...si una piedra toca con otra, luego suena i puta vieja!”

Sin salir del primer acto de la obra, Pármeneo tendrá tiempo de enumerar los oficios de Celestina. Seis en total, "...conviene a saber: lavandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera... Era el primer oficio cobertura de los otros" Todo un rico vocabulario de plantas y de recetas en relación con sus dotes hechiceras sigue a estos oficios.

Otra seriación da fe de que Celestina es una mujer activa, una pluriempleada y el más lejano precedente de las empresas multinacionales: "Hacía con esto maravillas -continúa Pármeneo- que cuando vino por aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgen una criada que tenía."

Sigue a las anteriores una última enumeración con la que Pármeneo nos da conocimiento de los ingredientes que Celestina suele emplear para "remedios de amores", desde los "huesos de corazón de ciervo" a "la piedra del nido del águila."

De nada sirve que Pármeneo trate de convencer a su señor de la falsedad de Celestina, pues Calisto ya se había confesado melibeo: "Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo", y desde esta nueva religión, Calisto no ve más que un altar con Celestina de salvadora.

Celestina, por su parte, que sabe más por vieja y experimentada que por diabla, reconoce en Pármeneo a su peor enemigo en esto de sacar provecho del Melibeo muchacho, no en vano -ya lo dijimos- Celestina oye bien: "... no pien-

ses -le advierte a Pármeneo- que el oír con los otros exteriores sesos mi vejez haya perdido. Que no sólo lo que veo, oigo y conozco; mas aun lo intrínseco, con los intelectuales ojos penetro."

En esta escena, Celestina se muestra zalamera con el único objetivo de ganarse a Pármeneo: "¡Nezuelo, loquito, angelico, perlicas, simplecico!... Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites... Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga." A lo que contesta Pármeneo: "¡Como cola de alacrán!" -"Y aun peor -responde Celestina-: que la otra muerde sin hinchar y la tuya hincha por nueve meses."

Celestina, ya lo hemos dicho, es graciosa. Graciosa y ocurrente. Y puta. Pero esto último no es en ella insulto, sino halago, todo un reconocimiento como si de un título académico se tratara. Sólo se enfada cuando se oye llamar puta vieja por boca de Pármeneo, porque: "¡Jesús, Jesús, Jesús! ¿Y tú eres Pármeneo, hijo de Claudina?... ¡Pues fuego malo te queme que tan puta vieja era tu madre como yo!" La venganza del joven criado no se hace esperar y así, cuando la Celestina, tratando de atraerlo a su causa le recuerda los besos que de niño le daba y cómo le dejaba dormir a sus pies, Pármeneo le refresca la memoria: "... Y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretabas contigo y, porque olías a vieja, me huía de ti."

Es el mismo olor que atraviesa el tiempo, merced al magistral realismo con que creó este eterno personaje el bachiller de Puebla de Montalbán, para

llegar sin pérdidas al lector de hoy, cinco siglos después.

Efectivamente, nacida en 1499 por la gracia de aquel bachiller judío converso –aunque sobre esto siguen las dudas–, Celestina fue, es y será, para envidia del resto de las literaturas, una española que se pasea por todas las bibliotecas del mundo.

Bibliografía

Observación: Son tantos los estudios sobre la Tragicomedia de Calisto y Melibea, que nos hemos visto obligados a seleccionar de entre ellos los que, en nuestra opinión, dan idea clara de la significación de esta obra en la historia de nuestra Literatura, además de ser asequibles para el alumnado.

ALBORG, J.L., “La época de los Reyes Católicos (II) LA CELESTINA”, en *Historia de la Literatura Española*, Gredos, Madrid, 1970, T. I, pp. 532-615.

ALVAR, C., MAINER, J.C. y R. NAVARRO, “La Celestina”, en *Breve Historia de la Literatura Española*, Alianza Editorial, 1997, pp. 224-231.

BATAILLON, M., “Tuteo, diálogo y aparte: de la forma al sentido”, en *Historia y Crítica de la Literatura Española* (en adelante *HCLE*), vol. 1, Edad Media, a cargo de Alan Deyermond, Editorial Crítica, Barcelona, 1979, pp. 517-521.

CASTRO, A., “Hacia la novela moderna: voluntad de existir y negación de los marcos literarios en LA CELESTINA”, en *HCLE*, vol. 1, pp. 525-529.

GILMAN, S., “La voz de Fernando de Rojas en el monólogo de Pleberio”, en *HCLE*, vol.1, pp. 521-525.

GREEN, O.H., “Amor cortés y moral cristiana en la trama de LA CELESTINA”, en *HCLE*, vol. 1, pp. 504-508.

LIDA DE MALKIEL, R.M., “La originalidad artística de LA CELESTINA”, en *HCLE*, vol. 1, pp. 498-504.

MARAVALL, J.A., “Calisto y los criados: la desvinculación de las relaciones sociales”, en *HCLE*, vol. 1, pp. 513-516.

MORÓN ARROYO, C., *Sentido y forma de LA CELESTINA*, Cátedra, Madrid, 1974.

RICO, F., “El triunfo de la Literatura”, en *Breve biblioteca de autores españoles*, Seix Barral, Barcelona, 1990, pp. 69-83.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., “La Celestina, o la negación de la negación”, en *Literatura, historia, alienación*, Labor, Barcelona, 1976, pp. 147-171.

RUSSELL, P.E., “La magia de La Celestina”, en *HCLE*, vol. 1, pp. 508-512.

SAMONÁ, C., “La Celestina”, en *Historia de la Literatura Española*, Cátedra, Madrid, 1992, T.I, pp. 335-342.